

Gabriel Campo Villegas

UN SEMINARIO MÁRTIR

Los 51 mártires claretianos de Barbastro



El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo, o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización.

Un seminario mártir

© Publicaciones Claretianas, 2010

Juan Álvarez Mendizábal 65 dpdo. 3º.

28008 Madrid

Tlf.: 915 401 268

Fax: 915 400 066

<http://www.publicacionesclaretianas.com>

publicaciones@claret.org

comercial-ventas@claret.org

ISBN: 978-84-7966-383-4

Depósito Legal:

Impreso en España / Printed in Spain

Diseño cubierta e ilustraciones: M. Cerezo Barredo

Maquetación: Ruth Guerrero

Imprime: Estugraf S.L.

Introducción

Con motivo de la celebración del 75 aniversario de la entrega generosa de los Mártires de Barbastro, la Provincia Claretiana de Santiago ha decidido reimprimir este fascículo del P. Gabriel Campo (q.e.p.d.) titulado originariamente “Murieron Cantando” e incluido en la colección “Claretianos de ayer y de hoy” editada por los Misioneros Claretianos.

A modo de introducción reproducimos algunos párrafos del prólogo que Mons. Fernando Sebastián escribió para otro texto más amplio sobre los Mártires de Barbastro escrito por el mismo Gabriel Campo bajo el título “Esta es nuestra sangre”.

“Hubo unos años en los que espontáneamente, los mártires claretianos, y de manera especial los jóvenes mártires de Barbastro, fueron verdaderos maestros de espiritualidad para nosotros. La austeridad, el trabajo, la rígida disciplina, la radical disponibilidad, el entusiasmo misionero, nos venían espontáneamente

como consecuencia de la familiaridad con la memoria de los mártires. Recuerdo la conmoción interior que sentíamos al cantar las mismas estrofas que ellos habían cantado camino del martirio: 'Jesús, ya sabes, soy tu soldado; siempre a tu lado quiero luchar; contigo siempre y hasta que muera; una bandera y un ideal; por Ti, Rey mío, la sangre dar'. Sin darnos cuenta éramos discípulos, hijos de los mártires.

4 *Luego vinieron unos largos años de silencio. Silencio, discernimiento y purificación. La Iglesia española ha necesitado tiempo para asimilar el perdón que ellos ofrecieron a sus verdugos. Hemos necesitado tiempo para distinguir cosas y cosas, para separar la causa religiosa de las causas sociales y políticas, para distinguir con claridad los tres o cuatro conflictos, de naturaleza diferente, que se trenzaron en una sola tormenta arrasadora.*

En los decenios del setenta y del ochenta, el silencio de la Iglesia española y universal ha sido un silencio de purificación y de respeto. Ha sido también una contribución a la imprescindible reconciliación, objetivo primario, en lo político y en lo religioso, para los españoles.

Pero este silencio no era desamor ni olvido. Por eso mismo no podía ser indefinido. Ha llegado ya la hora de la normalización en la sociedad española. Y también en nuestra Iglesia. Normalización quiere decir que es ya posible y conveniente reaccionar

ante los acontecimientos de aquellos años con entera claridad y libertad, llamando a las cosas por su nombre, reconociendo las crueldades y los heroísmos de aquellas horas terribles y sublimes. Son olvidar a nadie, sin ocultar nada, sin culpar a personas ni a instituciones actuales. Ya somos otros. Otra es la sociedad entera. Pero todos queremos y necesitamos sentirnos herederos de nuestros antepasados.

La sociedad española no puede vivir huyendo de sí misma, ignorando su propia historia, caricaturizando su propio pasado. Porque cuando no hay memoria reinan los sueños y los fantasmas.

En concreto, la Iglesia española tiene que conocer y amar la Iglesia del treinta y seis, con sus luces y sus sombras. Podrán señalarse muchas deficiencias y más de alguna responsabilidad, por acción u omisión, en lo que ocurrió. Pero no se puede negar la grandeza de una Iglesia que en sus Obispos y sacerdotes, en sus religiosos, religiosas y seglares, dio tantos millares de mártires comparables con los mártires de los primeros siglos. La fortaleza espiritual de aquellos muchachos, el testimonio admirable de aquellos Obispos, la hondura cristiana de aquellos seglares y religiosos no nace de la nada”.

Mons. Fernando Sebastián Aguilar



La detención

En la tarde del 20 de julio de 1936 unos sesenta anarquistas armados irrumpieron en la comunidad de Barbastro en que residían sesenta Misioneros Claretianos, para practicar un registro y ver si escondían armas, como se había propagado calumniosamente de los religiosos durante aquellos últimos años. A pesar de no encontrar armas, fueron detenidos. Los misioneros vestían sotana. Durante el registro dos sacerdotes lograron salvar la eucaristía, la distribuyeron en parte y la escondieron en un maletín, entre ropa.

Los anarquistas se llevaron primero a la cárcel al P. Superior, Felipe de Jesús Munárriz, al formador, P. Juan Díez y al administrador, P. Leoncio Pérez. Al salir, un seminarista le preguntó al P. Superior:

—Si nos detienen, ¿cómo vestimos? ¿de paisano o con sotana?

El P. Munárriz no lo dudó.

—En sotana.

La sotana era el signo de su consagración, que los enemigos de la fe odiaban especialmente.

Había un hermano de la comunidad que no la vestía, el Hno. Ramon Vall, y, al verlo, los marxistas no quisieron creer que fuese religioso. Lo destinaron después a la cocina de la prisión, como un obrero más.

Dos seminaristas enfermos, Vidaurreta y Falgarona, junto con el anciano Hno. Muñoz, fueron conducidos al hospital. A los restantes, después de varias horas de registro de la casa, los llevaron al salón de los Escolapios, que hizo de prisión comunitaria hasta su muerte. El P. Serra, que suplió hasta el fin al Superior, logró convencer a los anarquistas del mal estado físico de cinco hermanos, que fueron conducidos a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, enfrente de los Escolapios.

En el salón de los Escolapios

El salón de los Escolapios era un semisótano abierto por ventanales enrejados a la plaza del Ayuntamiento convertido en Comité revolucionario. Allí tuvieron que sufrir los jóvenes misioneros, día tras día, insultos, amenazas, obscenidades, sed, miseria higiénica, en pleno verano. Y allí se entregaron a la oración, a la lectura clandestina de los breviarios, a las confe-

rencias secretas, al rezo del rosario, a la meditación, a cantar y animarse en voz baja al martirio. La sotana con la que vivían y dormían era objeto de brutal escarnio y hostigamiento, como signo de su fidelidad.

—Os mataremos a todos con la sotana puesta, para que ese trapo sea enterrado con los que lo lleváis.

—No odiamos vuestras personas. Lo que odiamos es vuestra profesión, ese hábito negro, la sotana.

—Quitaos ese trapo y seréis como nosotros, y os libramos.

Por las mañanas, el Hermano Vall, que servía en la cocina, les pasaba, junto a su ración de pan y chocolate, la Eucaristía, formas consagradas que le entregaba cada día el P. Ferrer. Pudieron, así, los misioneros comulgar bastantes días y fortalecer su espíritu como los primeros cristianos. Algunos se las habían guardado en el pecho antes de salir de casa y se movían como sagrarios vivientes.

La Eucaristía constituyó el centro de su vida, mientras duró. “Algunos, afortunados, la llevaban en el pecho”. El argentino Hall recordaría luego “la avaricia espiritual con la que se les acercaban disimuladamente



otros seminaristas y hermanos para adorar al Señor en el sacramento”.

Tentaciones y pruebas

Durante más de una semana, como eran jóvenes la mayor parte, de 21 a 25 años, fueron sometidos a la tentación de las prostitutas medio desnudas, que entraban en el salón en las siestas y por la noche, para vencer su castidad. “Se les acercaban insinuantes, les tiraban de la sotana, les ofrecían instrumentos de pecado”. Consta que ninguno de ellos les contestó ni las miró, hasta el punto de que las mujeres salían furiosas. El P. Ferrer, Superior de los Escolapios, y que tenía autoridad moral sobre los anarquistas, porque bastantes se habían educado gratuitamente en el colegio, protestó ante el Comité, y cesaron aquellas incitaciones brutales.

Fueron sometidos también, varias veces, a simulacros de fusilamiento, para aterrorizarlos. Se presentaba en el salón un pelotón de milicianos o soldados y les gritaban:

—Ya ha llegado la hora. Poneos contra la pared que os vamos a fusilar.

Los misioneros permanecían así durante una hora, esperando, segundo a segundo, la descarga. Uno de los dos argentinos, que casi al final fueron liberados y llegaron a Roma, Parusini, dice:

“Es cuando más se sufre: cada minuto se hace interminable y uno desea que disparen de una vez para no prolongar una agonía que no acaba más que con una blasfemia o una risotada sarcástica de los milicianos”.

A varios de ellos los reconocieron milicianos o soldados de su pueblo y les ofrecieron poder salvarse. Salvador Pigem, de Viloví d’Onyar, Gerona, encontró a un antiguo cocinero de su tía, que le dijo:

—Si quieres, te salvaré de la muerte.

—¿Me salvará con todos mis compañeros?

—No. A ti solo.

—Pues, así, no acepto; prefiero morir mártir con ellos.

Hay vida más allá de la cárcel

Hasta la inspiración poética tuvo lugar en aquellas jornadas mortificadas y monótonas. Javier Luis Ban-

drés se acordaba de su madre, navarra, de Sangüesa, el día de su santo, y le envió una poesía desde la cárcel:

*La tierna golondrina
 el nido de su amor buscando va;
 las rumorosas aguas del torrente
 cantando van al mar,
 y la abeja recoge, entre las flores,
 el néctar del dulcísimo panal.
 Así mi corazón, en el destierro,
 suspira sin cesar
 por un amor lejano
 que nunca morirá.
 ¡Amor eterno de mi santa madre!
 ¡Pira de incienso en el sagrado altar!*

Hasta primeros de agosto, el comité de Barbastro se mantuvo en una actitud moderada. A partir del fusilamiento, por error, de cuatro anarquistas de Barcelona, cargados con un botín de objetos religiosos de oro y plata, se presentó en Barbastro Buenaventura Durruti, el jefe anarquista que atacaba Zaragoza, y exigió que se pusiese fin a tanta sotana y a la vida del Obispo, detenido en los Escolapios.

Comienzan los fusilamientos

El 2 de agosto, a las dos de la mañana, se llevaron a cabo dos sacas de veinte presos cada una. Los fusilaron en el cementerio de Barbastro. Entre los ejecutados fueron los tres misioneros PP. Munárriz, Díez y Leoncio Pérez, que animaban a los otros sacerdotes a alcanzar la palma del martirio. Murieron al grito de “¡Viva Cristo Rey!”. Esa misma noche murió también con ellos el primer gitano mártir de la historia, Ceferino Jiménez Malla, El Pele, por rezar el rosario, beatificado por el Papa Juan Pablo II en 1997.

14

Desde ese día, ya nadie se hizo ilusiones. Había comenzado la hecatombe de mártires de Barbastro. Cada noche circulaban los nombres de las víctimas, y la certeza de que ningún sacerdote ni seglar católico había renegado de su fe, para salvar la vida, a pesar de las ofertas.

Uno de los soldados del cuartel de Barbastro, Andrés Carrera, que era seminarista de Zaragoza, y a cuyo padre habían detenido los marxistas, tuvo que hacer guardia ante los Escolapios “dos días de la primera quincena de agosto”.



“Era admirable la actitud serena que todos manifestaban - declaró luego-. Aquella paz me impresionó mucho, en aquellos momentos en que me sentía moralmente aplastado, porque mi padre estaba preso en la cárcel de Sena y a mí me buscaban. Al ver a los misioneros con aquel coraje, me entró como una bocanada de aliento y una santa emulación”. “Siempre que podía miraba por la cerradura de la puerta para observarlos, y su ejemplo me reconfortaba”.

16

“Estaban en pequeños grupos. Por el rumor que se percibía, se convencía uno de que rezaban el rosario. Uno dirigía y otros contestaban. Después, paseaban tranquilos, de tres en tres”. “Ellos me levantaron el ánimo, con su paz y serenidad; y me afianzaron en mi vocación al sacerdocio”. “Es el recuerdo más hermoso de mi vida”.

Herirán al pastor

En la noche del 8 de agosto, el Obispo de Barbastro, D. Florentino Asensio, preso en los Escolapios, fue citado al Comité. Allí, entre frases groseras e insultantes, lo amarraron a otro hombre más alto y recio, y lo castro en vivo. Saltaron dos chorros de sangre que em-

paparon las baldosas del “rastrillo” de la cárcel. El Obispo palideció, pero no se inmutó. Ahogó un grito de dolor y musitó una oración al Señor de las cinco tremendas llegas.

Fue empujado luego a la plazuela y llevado a pie hasta el cementerio, golpeándole con las culatas y con ladrillos en los dientes. “Anda, tocino, date prisa”, le decían. Y él, una y otra vez:

—Por más que hagáis, os tengo que perdonar.

En el cementerio, tras la descarga, los milicianos le oyeron decir: “Señor, compadécete de mí”.

“No le dieron el tiro de gracia al principio, sino que lo dejaron morir encima de otros cadáveres, desangrándose, para que sufriera más”. Los médicos del hospital próximo, al oír sus gemidos, avisaron al Comité, porque los enfermos se ponían peor. Y poco después, lo remataron. Fue beatificado en 1997, junto con El Pelé.

La muerte del Obispo precipita la de los jóvenes claretianos del salón. El día 10 Ramón Illa escribió en el salón a su familia:

“Con la más grande alegría del alma escribo a ustedes, pues el Señor sabe que no miento: no me cansaría y -lo digo ante el Cielo y la Tierra- les comunico con estas líneas que el Señor se

digna poner en mis manos la palma del martirio; y en ellas envió un ruego por todo testamento: que al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme”.

“Hace ocho días fusilaron al P. superior y a otros Padres. Felices ellos y los que les seguiremos. Yo no cambiaría la cárcel por el don de hacer milagros; ni el martirio por el apostolado, que era la ilusión de mi vida”.

“Voy a ser fusilado por ser religioso y miembro del clero, o sea, por seguir las doctrinas de de la Iglesia Católica romana. Gracias sean dadas al padre por Nuestro Señor Jesucristo”.

18

Escribían siempre a lápiz y sobre papel de chocolate, por carecer de otros medios. Ramón Illa tenía 22 años solo y una gran cultura. Dominaba el latín, el griego, y el hebreo y estudiaba inglés y alemán. Retenía en su memoria todo lo que leía. Componía poesías en castellano, latín y catalán, y rezaba enamorado de la liturgia, sin estar obligado, todas las “horas litúrgicas”.

La muerte que no cesa

El 12 de agosto, a las tres y media de la mañana, irrumpieron en el salón, “unos quince revolucionarios”, bien armados y provistos de cuerdas ensangren-

tadas. Los presos se despertaron sobresaltados en el escenario de madera. Un dirigente, Mariano Abad, El enterrador, levantó la voz:

—¡Que bajen aquí los seis más viejos!

Mansamente, sin resistencia ni protestas, fueron bajando los PP. Nicasio Sierra, de 46 años; José Pavón, de 35; Sebastián Calvo y Pedro Cunill, los dos de 33; el Hermano Gregorio Chirivás, de 56, y el subdiácono Wenceslao Claris, de 29.

Les ataron las manos a la espalda, uno a uno, con cordeles y alambres; y, luego, de dos en dos, los amarraron codo con codo.

El P. Pavón buscó con la mirada a los dos sacerdotes que quedaban en el salón. El P. Ortega, que estaba paralizado en el escenario, levantó la mano sobre ellos, y pronunció la absolución sacramental: “Yo os absuelvo...”.

Los sacaron del salón y les hicieron atravesar la plaza del ayuntamiento, escoltados por “escopeteros”. Les esperaba el camión de la muerte a la entrada de la plaza.

“Y poco después -escribirá Hall- a las cuatro menos siete minutos, una fuerte descarga de fusilería anunció la tragedia gloriosa que se acababa de consumir”.

Los que quedaron en el salón, terriblemente impresionados, creyeron que había sido en el cementerio de Barbastro. Luego se comprobó que había sido en uno de los muchos recodos de la carretera de Barbastro a Berbegal y Sariñena, cerca del kilómetro 3. Antes de dispararles, como siempre, les ofrecieron por última vez la posibilidad de apostatar, que ellos respondieron con un “¡Viva Cristo Rey!”, y los remataron con el tiro de gracia en la sien.

20

Aquel 12 de agosto fue una jornada de purificación y de despedidas para los claretianos vivos. Los mártires conocían ya su plazo; era su privilegio. Se consideraban todos indignos y dichosos. Varios de ellos, Casadevall, Ruiz, Novich, Amorós, recordaban el Padrenuestro rezado en ciertos paseos, durante el noviciado, “para que todos llegara a ser mártires”.

De aquel día poseemos el testimonio de Hall y Parusini, que por su condición de extranjeros, fueron excluidos de la matanza.

“Nos confesamos todos por última vez, y se puede decir que pasamos el día rezando y meditando. Todos estábamos resignados a la divina voluntad y contentos de estar sufriendo algo por la causa de Dios”

“Pasamos el día en religioso silencio —escribió Faustino Pérez sobre el interior del pie del piano— y preparándonos para morir mañana; solo el murmullo santo de las oraciones se deja sentir en esta sala, testigo de nuestras duras angustias. Si hablamos es para animarnos a morir como mártires; si rezamos es para perdonar. ¡Sálvalos, Señor, que no saben lo que hacen!”

Hall, por si se salvaba, les pidió un recuerdo para llevárselo personalmente al P. General, y, a través de él, a toda la Congregación. Los futuros mártires tomaron un pañuelo que había sido del P. Nicasio Sierra, fusilado pocas horas antes, por odio a la fe, lo besaron y se lo pasaron, uno a uno, por su frente, como obreros cansados y sufridos, diciendo: “Sea este el beso que doy a la Congregación querida al tener la dicha de morir en su seno”.

Aquel día por la tarde, profesaron perpetuamente (*sub conditione*, bajo la condición “si habían sido aprobados”) los seminaristas José Amorós, de Puebla Larga, Valencia, y Esteban Casadevall, el más tentado contra

la castidad por una miliciana. Redactaron el documento y firmaron los testigos.

Rafael Briega, que sabía bastante chino, le dijo a Hall:

“Hágale saber al P. Jose Fogued (Administrador Apostólico de Tonkin), que ya que no puedo ir a China, como siempre he deseado, ofrezco gustoso mi sangre por aquellas misiones y desde el cielo rogare por ellas”.

Los futuros mártires escribieron sus mensajes en papeles, en maderas, en los muros y en las escaleras. Muchos se perdieron. Otros los conservamos como las actas de los primeros mártires de la Iglesia. En uno de ellos firman 40 mártires. Y la joya es su Ofrenda a la Congregación.

En la medianoche del 12 al 13 de agosto fueron llamados, atados y conducidos al camión de la muerte, veinte claretianos. Antes de subir al camión, Mariano Abad les ofreció salvar la vida si se quitaban la sotana y marchaban al frente con los anarquistas. La respuesta de los mártires fue unánime:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Viva el Corazón de María!

Llovieron los culatazos, los insultos, las blasfemias. Pero los mártires empezaron a cantar hasta el momento de la ejecución, en la carretera de Berbegal, muy cerca de dos casas de campo, testigos de su última confesión de fe. Allí, antes de ejecutarlos, Mariano Abad les repitió su oferta.

—¡Viva Cristo Rey!

Después de fusilarlos, les dieron a cada uno el tiro de gracia y los dejaron desangrarse durante hora y media, para que no manchase su sangre el camión y la carretera. Los ejecutores, mientras, fueron a celebrar su hazaña en “La torre de Jaqueta”. Luego recogieron los cadáveres y los llevaron a una fosa común del cementerio.



Por la mañana del mismo 13, los anarquistas, siguiendo órdenes del gobierno, se llevaron a los dos argentinos, Hall y Parusini, a Barcelona y Roma. Fueron los mensajeros y testigos vivos de los mártires, cuyas declaraciones conservamos.

La profesión definitiva

El 15 de agosto fusilaron a otros veinte claretianos, cuyos nombres están escritos en el libro de la Vida. Antes escribieron la Despedida de la Congregación, estremecedora:

24

“...Pasamos el día animándonos para el martirio y rogando por nuestros enemigos... Cuando llega el momento de designar las víctimas, hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantar y ponernos en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia... Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares”.

El 18 fueron fusilados dos de los tres que estaban en el hospital, Jaime Falgarona y Atanasio Vidaurreta.

Se había consumado el martirio de los 51 misioneros del Seminario de Barbastro. En octubre de 1992 fueron beatificados por el Papa Juan Pablo II, en Roma. Al final de la Misa, el Papa, emocionado, ex-

clamo: “¡Por primera vez en la Historia de la Iglesia, todo un seminario mártir!”.

Ese mismo año se abrió en Barbastro, el Museo de los Mártires Claretianos, relicario de sus restos, sus testimonios, sus mensajes y sus recuerdos, centro de peregrinación de miles de fieles de todo el mundo.



Carta de despedida a la Congregación

“Querida Congregación: Anteayer, día 11, murieron, con la generosidad con que mueren los mártires, seis de nuestros hermanos; hoy, trece, han alcanzado la palma de la victoria 20, y mañana, catorce, esperamos morir los 21 restantes. ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Y qué nobles y heroicos se están portando tus hijos, Congregación querida! Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos y por nuestro querido Instituto. Cuando llega el momento de designar las víctimas hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantar y ponernos en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia, y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que los ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada: cuando van en el camión hacia el cementerio, les oímos gritar ¡Viva Cristo Rey! Responde el populacho rabioso: ¡Muera! ¡Muera!, pero nada los intimida. ¡Son tus hijos, Congregación querida, estos que entre pistolas y fusiles se atreven a gritar serenos cuando van hacia el cementerio ¡Viva Cristo Rey! Mañana iremos los restantes y ya tenemos la consigna de aclamar, aunque suenen los

disparos, al Corazón de nuestra Madre, a Cristo Rey, a la Iglesia Católica y a Madre común de todos nosotros. Me dicen mis compañeros que yo inicie los vivos y que ellos ya responderán. Yo gritaré con toda la fuerza de mis pulmones, y en nuestros clamores entusiastas adivina tú, Congregación querida, el amor que te tenemos, pues te llevamos en nuestros recuerdos hasta estas regiones de dolor y de muerte.

Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares; morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que entrando roja y viva por tus venas, estimule tu desarrollo y expansión por todo el mundo. ¡Adiós, querida Congregación! Tus hijos, Mártires de Barbastro, te saludan desde la prisión y te ofrecen sus dolores y angustias en holocausto expiatorio por nuestras deficiencias y en testimonio de nuestro amor fiel, generoso y perpetuo. Los Mártires de mañana, catorce, recuerdan que mueren en vísperas de la Asunción. ¡Y que recuerdo este! Morimos por llevar la sotana y moriremos precisamente en el mismo día en que nos la impusieron”.

Los Mártires de Barbastro, y en nombre de todos, el último y más indigno, Faustino Pérez, C.M.F.

Estos son sus nombres **(según la fecha de martirio)**

Día 2 de agosto

P. Felipe de Jesús Munárriz Azcona (61 años)

P. Juan Díaz Nosti (56 años)

P. Leoncio Pérez Ramos (60 años)

Día 12 de agosto

P. Sebastián Calvo Martínez (33 años)

P. Pedro Cunill Padrós (33 años)

P. José Pavón Bueno (35 años)

P. Nicasio Sierra Ucar (45 años)

E. Wenceslao Claris Vilaregut (29 años)

H. Gregorio Chirivás Lacambra (56 años)

Día 13 de agosto

P. Secundino Ortega García (24 años)

E. Javier L. Bandrés Jiménez (23 años)

E. José Brengaret Pujol (23 años)

E. Antolín Calvo y Calvo (23 años)

E. Tomás Capdevila Miró (22 años)

E. Esteban Casadevall Puig (23 años)

- E. Eusebio Codina Millas (21 años)
E. Juan Codinachs Tuneu (23 años)
E. Antonio Dalmau Rosich (23 años)
E. Juan Echarri Vique (23 años)
E. Pedro García Bernal (25 años)
E. Hilario Llorente Martín (25 años)
E. Ramón Novich Rabionet (23 años)
E. José M^a Ormo Seró (22 años)
E. Salvador Pigem Serra (23 años)
E. Teodoro Ruiz de Larrinaga García (23 años)
E. Juan Sánchez Munárriz (23 años)
E. Manuel Torras Sais (21 años)
H. Manuel Buil Lalueza (21 años)
H. Alfonso Miquel Garriga (22 años)

Día 15 de agosto

- E. José Amorós Hernández (23 años)
E. José M^a Badía Mateu (23 años)
E. Juan Baixeras Berenguer (22 años)
E. José Blasco Juan (24 años)
E. Rafael Briega Morales (23 años)
H. Francisco Castán Meseguer (25 años)
E. Luis Escalé Binefa (23 años)
E. José Figueró Beltrán (25 años)

- E. Ramón Illa Salvía (22 años)
E. Luis Lladó Teixidor (24 años)
H. Flaviano Manuel Martínez Jarauta (23 años)
E. Luis Masferrer Vila (24 años)
E. Miguel Masip González (23 años)
E. Faustino Pérez García (25 años)
E. Sebastián Riera Coromina (22 años)
E. Eduardo Ripoll Diego (24 años)
E. José Ros Florensa (21 años)
E. Francisco Roura Farró (23 años)
E. Alfonso Sorribes Teixidor (23 años)
E. Agustín Viela Ezcurdia (22 años)

Día 18 de agosto

- E. José Falgarona Vilanova (24 años)
E. Atanasio Viadaurreta Labra (25 años)

De la homilía del Papa Juan Pablo II el día de la beatificación (25 de octubre de 1992)

“**E**s todo un Seminario el que afronta con generosidad y valentía su ofrenda martirial al Señor. La entereza espiritual y moral de esos jóvenes nos ha llegado a través de testigos oculares y también por sus escritos. A este respecto son bien elocuentes los testimonios personales que los jóvenes seminaristas nos han transmitido. Uno de ellos escribiendo a su familia dice: “Al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme”. Otro escribía también: “¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser religiosos” y añade en su lengua materna: “No ploreu per mi. Soc màrtir de Jesucrist”.

Estos mártires expresaban su firme decisión de dedicarse al ministerio sacerdotal en los siguientes términos: “Ya que no podemos ejercer el sagrado ministerio en la tierra, trabajando por la conversión de los pecadores, haremos como Santa Teresita: pasaremos nuestro cielo haciendo bien en la tierra”.

Todos los testimonios recibidos nos permiten afirmar que estos Claretianos murieron por ser discípulos de Cristo, por no querer renegar de su fe y de sus votos religiosos. Por eso, con su sangre derramada nos animan a todos a vivir y morir por la Palabra de Dios que hemos sido llamados a anunciar.

Los mártires de Barbastro, siguiendo a su fundador San Antonio María Claret, que también sufrió un atentado en su vida, sentían el mismo deseo de derramar la sangre por amor de Jesús y de María, expresada con esta exclamación tantas veces cantada: “Por ti, mi Reina, la sangre dar”. El mismo Santo había trazado un programa de vida para sus religiosos: “Un hijo del Corazón Inmaculado de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura, por todos los medios, encender a todo el mundo en el fuego del divino amor”.